



4. Crisis urbana y derecho a la ciudad

El urbanismo del miedo y la sociedad contemporánea

Ibán Díaz y Cristina Honorato

La proliferación de sistemas de seguridad en calles, centros comerciales o aeropuertos no son sino una expresión sensible más de la tendencia creciente a integrar todo tipo de dispositivos de control en los espacios donde se desarrolla la actividad social de distinto tipo.

Esta no es una cuestión baladí, sobre todo en la medida en que, a propósito de estas cuestiones, tendemos a confundir seguridad con control. El mayor control sobre el espacio, todo parece indicar, incrementa la sensación de seguridad del usuario, pero, obviamente, no incrementa necesariamente la seguridad, dado que ésta depende de muchos y variados factores. Pero el incremento del control tiene contrapartidas. Siempre que incrementamos un poco más el control reducimos en cierta proporción la libertad y la intimidad del individuo.

Lo realmente preocupante sobre esta cuestión no es la capacidad de la sociedad para ejercer un control cada vez mayor sobre el espacio. Con la tecnología actual puede establecerse un control social que haga parecer el 1984 de Orwell un juego de niños. Lo que realmente debería resultar preocupante es que este control y esta pérdida de libertad se acepte sin ninguna resistencia, de forma acrítica, por parte de la sociedad. Aún peor, comúnmente, las restricciones a la libertad son demandadas por la propia sociedad y, a través del discurso hegemónico, llega a generarse un cierto consenso sobre la cuestión, aceptándose, sin apenas resistencia, la aprobación de leyes y ordenanzas “cívicas” que suponen un respaldo legal a estos recortes de libertad y del uso del espacio público.

Esto nos lleva a la cuestión de hasta qué punto está justificada la alarma que empuja a la ciudadanía a renunciar a su libertad a cambio de una mayor sensación de seguridad. Existen numerosos indicios de que, en este momento histórico, nos encontramos ante una de las sociedades con los mayores niveles de demanda de vigilancia, en lo que inevitablemente influye el que se trate de una sociedad capaz de generar los dispositivos de control necesarios para cubrirla. No obstante, es cuestionable hasta qué punto nos encontramos ante una sociedad más

insegura o más expuesta a la violencia. Sin embargo, en los aeropuertos, en las ciudades, en los centros comerciales, nos encontramos rodeados de elementos que invitan a pensar que necesitamos cantidades ingentes de control y vigilancia.

Si tomáramos un indicador cualquiera, comisión de delitos por ejemplo, difícilmente, o de forma muy excepcional, éste se ajustaría a las variaciones del grado de alarma social, al menos en las últimas décadas. Esto sería fácilmente demostrable. Por lo tanto, existen otros factores que determinan la percepción de la propia seguridad por parte de la sociedad. Y la cuestión es que el miedo, el alarmismo y la paranoia de la inseguridad ciudadana son hoy día elementos fundamentales a la hora de interpretar la ciudad.

Arquitectura del miedo

Sin duda existen toda una serie de elementos que reflejan un incremento galopante del miedo y la paranoia en nuestra sociedad. Estos son fácilmente distinguibles en el medio urbano y en las formas de construir ciudad en la actualidad. La cuestión de la seguridad y el control en los nodos de transporte, espacios socialmente transnacionales por excelencia, son un reflejo inmejorable del tipo de mundo globalizado que se construye bajo la actual hegemonía neoliberal.

Vamos a repasar algunos de los elementos más visibles de los síntomas que identificamos de forma general con los términos de paranoia o agorafobia urbana, delimitando cuáles son esas enfermedades y distinguiendo los factores fundamentales que las pueden estar provocando.

El elemento fundamental al que nos referimos aquí es el incremento constante de los dispositivos de control, de justificación cuestionable, en el espacio donde se desarrolla la actividad social. Esta obsesión por la seguridad se consolida cada vez más como un elemento característico de la ciudad contemporánea, en lo que algunos autores han venido a denominar “arquitectura del miedo” (Davis, 2001). En la nueva ciudad construida y en la transformación de la ciudad existente las medidas de control toman un lugar cada vez más importante, una posición que gana espacio a costa de la pérdida de importancia de lo público y lo común.

Espacio histórico-comercial y disciplinamiento del espacio. El centro urbano de las ciudades con su particular funcionalidad y características tiende a generar tipos de espacios particulares y diferenciados. Dos funciones fundamentales condicionan las características particulares de los espacios de control en el centro urbano, la función comercial y la función turística. Funciones que le son dadas por contener, en una generalidad de casos, el centro comercial original de la ciudad y, en el caso mediterráneo o europeo continental, la carga histórica, identitaria y patrimonial de la ciudad, expresada en sus centros y conjuntos históricos declarados.

Aquí los espacios se transforman en soporte de actividades comerciales, al mismo tiempo que mercancía en sí misma. El carácter histórico y la vida y acon-

tecimientos fosilizados en las características de este tipo de espacio, le otorgan una identidad y una especificidad únicas dentro del conjunto urbano que lo identifican con la ciudad en sí misma. El espacio público se torna así en un espacio consumible a través del paseo y la fotografía, dirigido a un determinado consumidor, generalmente ajeno a la ciudad y que tiende a conformarse con escenificaciones preconcebidas de la vida de la misma. El espacio abierto es museo al aire libre en el que la persona se convierte en espectador y consumidor con un cierto gusto.

Los beneficios se recogen a través de la invasión del espacio por parte de veladores y escaparates que se integran en el paisaje histórico y otorgan sentido a su existencia y a su tratamiento. Espacios que tienden a ser duros, pero bien equipados y tratados. El panóptico puede permitirse un espacio público con bancos y sin cerramientos, en la medida en que es una exigencia de la propia escenificación que convierte el espacio público histórico en una mercancía exitosa capaz de atraer consumidores a la ciudad.

Esto no elimina la necesidad de control. Los dispositivos de vigilancia suponen aquí una inversión infinitamente mayor que en el espacio público periférico. La protección de la actividad comercial es una prioridad lógica para los gestores de la ciudad. De esta forma la presencia policial se vuelca en el centro urbano, con una presencia constante y reconfortante para el consumidor, al mismo tiempo que se multiplican los dispositivos de vigilancia a través de cámaras de seguridad. Esto da lugar a un espacio de control amable y agradable estéticamente, en el que la vigilancia sería desapercibida a los ojos del paseante. En estos espacios, los instrumentos de control y vigilancia se integran como un elemento más del paisaje, banales, asumidos como si se tratase de cualquier otro equipamiento o mobiliario necesario para el desarrollo de la vida pública. De esta forma las cámaras se nos hacen tan familiares como las farolas, y mucho más que los bancos, contra los que a menudo la sociedad descarga la ira generada por el miedo.

Frente a esto, ante la existencia común, más en el pasado reciente, de grandes bolsas de pobreza y degradación en los centros urbanos de las ciudades, el disciplinamiento del espacio se convierte en un proceso fundamental. El caso de la Alameda de Hércules en Sevilla resulta un caso sin duda paradigmático de espacio disciplinado.

Barrios chinos, alamedas y ramblas del lumpen y la bohemia, lugares donde hasta hace poco se mezclaba una clase obrera envejecida y empobrecida habitando infraviviendas, con la farándula de la ciudad y con el lumpen local compuesto por buscavidas y prostitutas. Espacios heterotópicos en el sentido que le otorgaba Lefebvre^{1/}, fuera de todo control y vigilancia, heterogéneo en usos y usuarios, imprevisible en cierta medida.

Aquí el proceso de disciplinamiento se emplea con la finalidad de hacer entrar estos clásicos elementos del tejido urbano en la categoría anteriormente comentada de espacio comercial-histórico. Para ello se emplean tácticas hauss-

^{1/} Ver por ejemplo Lefebvre, H. (1983) *La revolución urbana*. Madrid: Alianza Editorial.

mannianas: operaciones de desventramiento, rehabilitaciones o nuevas construcciones emblemáticas, constantes redadas o establecimiento en puntos estratégicos de acuartelamiento de las fuerzas de orden público. La táctica a seguir es la eliminación progresiva del viejo espacio y la creación de uno nuevo controlado, a través del cierre de prostíbulos, bares, puntos de menudeo, mercadillos, etcétera, y apertura de espacios rentabilizables: instituciones públicas, eventos controlados, bares de moda y galerías de arte.

Espacios periféricos. Deconstrucción del espacio público y urbanizaciones cerradas. En el espacio periférico con una función fundamentalmente residencial es donde la paranoia y la agorafobia urbana se desatan libremente. Las viejas periferias obreras de las ciudades occidentales han sido desde sus orígenes, generalmente, espacios escasamente dotados respecto de espacios libres, y los espacios públicos a los que han dado lugar han sido a menudo disfuncionales y extremadamente vulnerables. Espacios duros, escasamente equipados y raquíuticos en sus dimensiones, que han padecido las variadas expresiones de las contradicciones sociales de la ciudad, la marginación, el menudeo de droga, el vandalismo, etcétera.

Aquí, el pánico hacia lo público se concreta en un proceso de transformación del espacio que podríamos denominar de deconstrucción, en la medida en que las intervenciones se dirigen a la eliminación del espacio como espacio utilizable libremente. La demanda social se dirige a la limitación del uso de un espacio que es percibido como peligroso. La concentración de usuarios, generalmente jóvenes, se percibe como una amenaza inadmisibles y se reclama una intervención, fundamentalmente desde el sector público, dirigida a restringir su uso.

La vasta extensión de la periferia obrera y la imposibilidad de convertirlos en espacios rentables, hace inviables los sistemas de vigilancia a través de cámaras o la presencia policial constante en la medida en que sí podríamos encontrarla en los espacios centrales. Las tácticas que deben implementarse son otras.

De esta forma, en este tipo de espacios, la demanda se enfoca a la supresión de cualquier tipo de mobiliario que pudiese hacerlo habitable o apetecible, comenzando por la supresión de bancos, fuentes o cualquier otro tipo de elemento utilizable. La demanda de vigilancia policial resulta insaciable, de tal forma que se toman medidas para eliminar el propio espacio.

La regulación pasa por la multiplicación de los cerramientos destinados a impedir el libre tránsito, deslindando el espacio y adscribiéndolo a horarios de apertura y cierre. Esto se ve complementado por la presencia policial esporádica, las razias sobre los jóvenes “protocriminales”, y la vigilancia privada subcontratada por el ente público ante la demanda del vecindario.

Si la demanda no fuese satisfecha por los gestores de la ciudad, los vecinos podrían tomar la acción en primera persona. Las formulas resultantes pueden ser variadas, desde la invasión del espacio público por el automóvil –el único

espacio público que merece la pena ser conservado es el aparcamiento público o la supresión de bancos de motu propio, pasando por las patrullas ciudadanas.

Indudablemente este proceso, en la vieja periferia obrera, se encuentra fuertemente vinculado al propio envejecimiento de la población que impone una gerontocracia de facto. Sin embargo, cuando estos barrios se ven rejuvenecidos por la atracción de población inmigrante el proceso no hace sino acelerarse. El miedo a los jóvenes se extiende al miedo al inmigrante y la sensación de inseguridad se dispara.

Por otro lado, los nuevos espacios residenciales se encuentran mucho mejor equipados para satisfacer la demanda de control. De esta forma, la nueva promoción residencial por excelencia es el barrio o la urbanización cerrada, que es a su vez expresión máxima de la arquitectura del miedo. Este hábitat que podría tener su origen en las urbanizaciones cerradas de carácter suburbano se introduce en la ciudad a través de promociones de bloques de viviendas en manzana cerrada que contienen en su interior las dotaciones y los espacios libres para satisfacer las necesidades cotidianas. Una fórmula residencial que no se circunscribe a las clases medias, llegando incluso a grupos sociales menos favorecidos a través de las nuevas promociones subvencionadas por capital público que adoptan también esta forma.

Aquí la comunidad controla su propio espacio público y se protege de la calle, como espacio fuera de control. El espacio libre interior se encuentra deslindado por el derecho de propiedad privada, vigilado por cámaras y/o por cuerpos de seguridad privada, donde los vecinos se refugian en la homogeneidad de un vecindario limitado y controlado, uniformizado socialmente por los precios de la vivienda. Un hábitat exclusivo cuyo acceso queda restringido, como se encargan de recordar las placas ubicadas en los portales de entrada, por el derecho de propiedad privada.

A través de la urbanización cerrada, las familias, se refugian del espacio público, se protegen a ellas y a sus propiedades del mundo exterior. El mayor control sobre el espacio aquí implica mayor aislamiento. Espacios socialmente homogéneos que autogestionan su mayor o menor riqueza colectiva y la defienden de otros. Allí donde la raza tiende a mezclarse con los antagonismos de clase, las urbanizaciones cerradas tendrán un marcado componente racista, algo especialmente notorio en el mundo anglosajón (Davis, 2003).

Este tipo de espacio urbano tiene además otra característica especialmente relevante, y es su carácter global. Con notables diferencias según el territorio podemos asegurar que el modelo de las urbanizaciones cerradas se ha expandido prácticamente por todo el mundo, desde los países más ricos hasta los menos desarrollados, pasando por las nuevas potencias industriales, como si de cualquier otro producto exitoso se tratase. Se trata por lo tanto de un fenómeno global que se encuentra fuertemente condicionado por la existencia de una mayor o menor desigualdad social y una mayor o menor sensación de inseguridad (Jaglin, 2002 o Landman, 2002).

Sin duda estas fórmulas suponen un gran incentivo para el mercado de la seguridad privada en forma de puestos de trabajo y creación de plusvalías. Al mismo tiempo no es desdeñable su contribución a la segregación social de la ciudad por motivos de renta y a la generación de guetos sociales, donde la población puede permitirse dejar de mezclarse o convivir en espacios públicos no controlados.

Espacios azonales. Grandes superficies comerciales y nodos de transportes.

El espacio público postmoderno por excelencia, el espacio de mezcla y contagio social, de encuentro, de paseo, es sin duda la gran superficie comercial. Espacio social producido específicamente para una sociedad asustada. Sociabilidad que gira exclusivamente en torno al consumo y al ocio destinados a la producción de beneficios, todo bajo una férrea vigilancia en un espacio aparentemente bajo control. Lo privado y lo público se confunden en grandes laberintos cubiertos de tiendas diseñados para incentivar el consumo. En esta emergencia de la gran superficie frente a la plaza, se refleja el tránsito del ciudadano al consumidor.

El paseante puede cubrir todas las necesidades fuera de su espacio privado y de su espacio de trabajo en estos no-lugares. La alimentación, el ocio, el avituallamiento y, de forma colateral, la sociabilidad, son integradas a través de un solo espacio de consumo. El aparcamiento integrado resulta fundamental y dirige los trayectos del consumidor hacia el espacio comercial.

Expresión máxima del espacio contemporáneo, el centro comercial no es transformado, sino creado dentro de una sociedad paranoica y agorafóbica. El entramado de tiendas y bares establece una arquitectura en la que se produce el control total de los desplazamientos y de la actividad del individuo, estudiada por los departamentos de marketing. De esta forma la actividad se encuentra encorsetada en compartimentos de actividad comercial enfocados a las distintas funciones antes expresadas. La vigilancia a través de circuitos cerrados de videocámaras y de proletarios de la seguridad se encuentra perfectamente integrada, de forma orgánica y supone, de nuevo, un elemento fundamental del mobiliario. El consumidor puede pasear tranquilo sabiendo que desde que entra en el espacio está siendo vigilado y una empresa especializada vela por su “seguridad”.

Un tipo estrechamente relacionado con la gran superficie comercial serían los aeropuertos. Espacios cada vez más próximos a grandes superficies comerciales en las que la función de transporte pasa a ocupar un espacio cuantitativamente marginal. La compra circunstancial pasa a ser la principal actividad, siendo el transporte la excusa. Los grandes nodos de transporte, estaciones de ferrocarril o aeropuertos, adoptan una configuración cada vez más próxima a la del centro comercial, como algunas estaciones de ferrocarril donde puede resultar complicado encontrar los andenes entre restaurantes de comida rápida y tiendas de diverso tipo.

En este espacio globalizado por excelencia, disociado de cualquier referencia geográfica, se concentran los máximos niveles de control. Aquí el viajero acepta una violencia explícita y paranoica donde se ve sometido a continuos cacheos

y le son mostradas armas automáticas manejadas por profesionales. Son estos los espacios paradigmáticos de la sociedad contemporánea que agrupan todas sus maravillas técnicas y todas sus contradicciones. Convertidos en grandes superficies comerciales, los aeropuertos convocan el fetichismo o el cosmopolitismo de la sociedad contemporánea tanto como sus miedos y paranoias.

La aceptación de este tipo de espacios parece generalizada y, constantemente, se requiere desde las empresas y el Estado una colaboración pública que rara vez se niega. En los videos informativos de las aduanas vemos como una familia, multirracial, guapa y de clase media, se quita felizmente zapatos y cinturones o enseña sus enseres personales a un completo desconocido sin dejar de mostrar una perfecta sonrisa en sus rostros.

Enfermedades sociales

De alguna forma, se asume que la presencia de varios policías armados, en la puerta de nuestros centros de trabajo, parando y registrando automóviles de inmigrantes o jóvenes, debería hacernos sentir más seguros. Querer tener un coche de policía en la puerta de la vivienda propia veinticuatro horas al día es un síntoma de normalidad, pero inquietarse ante la presencia de un agente de los cuerpos de seguridad con un fusil ametrallador apuntando al suelo y un chaleco antibalas es un comportamiento claramente antisocial ¿Cómo es posible? ¿Es un sacrificio social necesario que debemos realizar o una epidemia generalizada de masoquismo?

Debajo de estas cuestiones subyacen procesos sociales profundos y no necesariamente nuevos. El alegre sacrificio de libertad e intimidad que está dispuesto a hacer el ciudadano medio en nuestra sociedad debe tener justificaciones profundas. No es novedoso el afirmar que vivimos en una sociedad progresivamente individualista. Los cada vez más reducidos núcleos familiares tienden a volcarse cada vez más sobre su esfera privada. El espacio público, como espacio de la mezcla y la heterogeneidad, una concepción común aunque cuestionable, se aparece como un lugar sometido a una insoportable incertidumbre. El rechazo hacia el espacio en común con lo desconocido y lo diferente coincide con la creciente desconfianza hacia lo público en todas sus formas, de tal manera que cada vez somos menos ciudadanos y menos vecinos y más consumidores individuales para los cuales el lugar público es un espacio a través del cual realizar trayectos entre la vivienda privada, el centro de trabajo y la gran superficie comercial.

Este no es un proceso precisamente conservador, y conforme emerge el consumidor como unidad social por excelencia se deterioran las relaciones sociales tradicionales, de vecindad, comunidad o familia. Toda relación no mediada por mercancía acaba siendo digna de desconfianza y el acceso a múltiples mercancías que cubren todos los deseos vitales guarda una relación directa con esta cuestión. Cuanto más “desarrollada” es una región más pobres parecen tornarse sus relaciones sociales. A medida que se incrementa la capacidad de producir riqueza material parece disminuir la riqueza social y la capacidad de producir vida en común.

Conforme la mercancía alcanza espacios más recónditos y banales, más enfrentamos la realidad social de forma individual, solitaria y autista. Conforme más enclaustrados aparecemos en nuestras realidades privadas, cada vez más alejadas de intrusiones en la privacidad por parte de otros individuos y cada vez más vulnerables a las intrusiones desde diferentes tipos de poderes económicos, políticos y mediáticos, más se deterioran el complejo conjunto de relaciones sociales que resultaban fundamentales para la subsistencia en el pasado. Esto facilita en extremo la aparición del miedo al otro, como proceso social fundamental para la aceptación del control y la pérdida de libertad. El otro que no comprendemos, que nos es ajeno, con el que no podemos identificarnos y que, por desconocido, resulta incierto en sus móviles y carga consigo un potencial de agresión, una amenaza constante. El otro por excelencia han sido y siguen siendo los “más pobres que nosotros”, algo que muy comúnmente se ha combinado con la raza, dado que ésta se convierte en un factor de identidad y permite negar la comunión de forma rápida y sencilla. La sociedad contemporánea genera otros amenazantes de forma constante, el musulmán en la sociedad de raigambre católica, el joven en la sociedad envejecida, etcétera.

Conspiraciones y causas estructurales

Desandando el camino desde la consecuencia a la causa deberíamos llegar a cuestiones de raíz. Los problemas anteriormente expuestos pueden fácilmente llevarnos a causas estructurales. Las ideas hegemónicas en política económica promueven el individualismo, la expansión de las relaciones fetichizadas y la desconfianza hacia lo público. La intensificación de los flujos de diferente tipo a escala global ha propiciado una sociedad culturalmente contradictoria, en la que al mismo tiempo que se mezclan las razas y las culturas, las relaciones sociales se deterioran y las identidades locales se descomponen ante la banal homogeneización adjunta a la expansión de la mercancía. Esto lógicamente tiene aspectos que pueden ser positivos y negativos dependiendo del tipo de juicio que se realice, multiculturalidad, desaparición de estructuras sociales tradicionales conservadoras, familiares, sociales, identitarias, de clase, de comunidad, etcétera. Los otros se multiplican y los nuestros se difuminan, mientras la identidad cultural se ve reducida a la compra de una determinada marca de zapatillas.

De entre todos los flujos que se intensifican, uno de los que más vinculación tiene con las cuestiones tratadas son los flujos de información. La cantidad de estímulos que recibimos desde los medios audiovisuales dificultan progresivamente la distinción entre realidad y ficción, el discurso de la sociedad que ya es solo simulación (Soja, 2008). Vivimos en una sociedad que está siendo constantemente sometida a la violencia, que se educa matando gente en los videojuegos y que, entre los resultados de la liga de fútbol y un anuncio de coches contempla con indiferencia como llenan una fosa común en un lugar remoto del África subsahariana. Una sociedad constantemente bombardeada por actos

de agresión, de violencia, de guerra, y que al mismo tiempo desconoce por completo la guerra o los grandes desastres y, en gran número, incluso la violencia física. Estas contradicciones han de generar necesariamente un cierto grado de esquizofrenia en la sociedad (Marcuse, 1971).

Ante una sociedad esquizofrénica y paranoica, la normalidad consiste en la aceptación de estas enfermedades. El consumidor útil a la sociedad pide que levanten cerramientos, que se incrementen las dotaciones policiales, que le pongan cámaras en su casa. Atosigado por la exposición a una violencia cuya realidad desconoce, la amenaza se multiplica y deviene en agorafobia, en xenofobia, y en otra serie de enfermedades comunes en la sociedad contemporánea.

Sería poco prudente aventurar conspiraciones, pero es evidente que existen beneficiarios del incremento de la agorafobia y de la paranoia social. Sin necesidad de establecer una causalidad, la exageración oportuna de una pandemia puede generar enormes beneficios para una empresa farmacéutica. De forma similar el azuzamiento lento y constante de la amenaza de la agresión, la provocación deliberada del terror en la sociedad, genera todo un nuevo mercado de la arquitectura, el urbanismo y la tecnología, todo un proletariado de la seguridad generando ingentes plusvalías. Un mercado exitoso, global y diverso que emplea una gran cantidad de mano de obra y mueve grandes cantidades de capital. En este sentido, el miedo, el terror y el terrorismo legal, favorecen la acumulación ampliada de capital.

Los medios de comunicación son otro gran interesado. La generación de alarma social permite mantener a los espectadores atentos, combatir el tedio y hacer que los anunciantes sigan pagando, la empresa siga funcionando y periodistas y técnicos sigan cobrando. De esta forma, la exageración, las medias verdades, la tergiversación, la reproducción de mentiras contadas por otros, resulta una herramienta fundamental para mantener con buena salud el mercado de la información manufacturada: *“el compromiso con la verdad siempre ha sido precario, circunscrito con fuertes matizaciones, mantenido en suspenso o suprimido...”* (Marcuse, 1971, pág. 124). Aquí, la responsabilidad de la agresión mediática o de la mentira o de cualquier otra acción de dudosa moral perpetrada por los medios se difumina, se desintegra en la institución superior o en el complejo aparato que media entre el sujeto que dicta la manipulación y la publicación manipuladora de masas. Por otro lado, hasta qué punto algo es mentira si todo el mundo lo cree, lo quiere creer y le interesa creerlo.

Sin embargo, no existe conspiración, los controles están esparcidos por toda la sociedad y son aplicados por escuelas, vecindarios, medios de comunicación, sociedades anónimas e instituciones públicas. Como aventuraba Marcuse hace ya mucho tiempo, en una sociedad enferma, la salud mental depende de la capacidad de vivir como contestatario, de llevar una vida inadaptada.

Ibán Díaz es profesor de Geografía Humana de la Universidad de Sevilla y activista social. **Cristina Honorato** es militante de Izquierda Anticapitalista en Sevilla.

Bibliografía:

- Davis, M. (2001) *Control urbano: la ecología del miedo*. Barcelona.: Virus.
- Davis, M. (2003) *Ciudad de cuarzo. Arqueología del futuro en Los Ángeles*. Madrid: Lengua de Trapo.
- Landman, K. (2002) "Gated communities in South Africa". En VVAA, *Informe de Valladolid 2002. Los derechos humanos y la ciudad*. Valladolid: Universidad de Valladolid, págs. 23-27.
- Marcuse, H. (1971) *La agresividad en la sociedad industrial avanzada*. Madrid: Alianza Editorial.
- Roitman, S. (2004) "Urbanizaciones cerradas: estado de la cuestión hoy y propuesta teórica". *Revista de Geografía, Norte Grande*, nº 3, Pontificia Universidad Católica de Chile, págs. 5-19.
- Soja, E. (2008) *Postmetrópolis*. Madrid: Traficantes de Sueños.



5. Crisis urbana y derecho a la ciudad

El barón Hausmann sube a los cielos

Grupo surrealista de Madrid

¡No, todas las cosas extrañas, inquietadoras y escalofrantes del barrio Chino barcelonés, como los del Chinatown londinense o los del barrio neoyorkino su tocayo, no existen sino en la leyenda!... No; estas cosas para poder ser han de poseer clandestinidad. Os aseguro que para poder acabar con él no hay mejor sistema que tolerarlo y... vigilarlo. Un barrio sospechoso donde todo el mundo haga lo que quiera, pero donde al primer delito (...) esté la policía allí, dejará de ser pecaminoso y será inocente como un baile benéfico de damas catequistas. (Antonio de Hoyos y Vinent, 1930)

Puesto que Lavapiés es un barrio poblado por mahometanos, beduinos, cabileños, cafres, zulúes, pigmeos, patagones, mayas, mohicanos, esquimales, coolíes, mongoles, tasmanios y canacos, por no hablar de algunos indígenas residuales que muchas veces son los peores, la autoridad competente ha decidido decorar sus calles con adornos, tecnológicos por supuesto, pero que por su apariencia sin duda recordarán a estos salvajes su terruño natal. Por eso se han levantado unos airosos soportes de metal sobre los que descansan cual ídolos pánicos unas utilísimas cámaras de vigilancia, a la manera de un tótem del siglo XXI que deberá ser adorado y temido como los tótems del pasado. Por otro lado, ¿no disfrutaban los madrileños de finales del siglo XIX de los zoos humanos, esos visionarios prototipos de parque temático donde se podían observar en vivo y en directo las curiosas costumbres de cualquier tribu ignota rescatada de la selva por un intrépido empresario de circo? Gracias al ojo que todo lo ve, Lavapiés podría convertirse en un enorme zoo humano en el que contem-